



## CAPÍTULO X

### ARROBAMIENTOS INEFABLES

**E**L milagro más sorprendente de la vida del Doctor angélico, fué, sin duda alguna, la unión suavísima y jamás interrumpida de su alma con Dios. Ya estudiase ó escribiese, orando y paseando, bien en la soledad ó bien en el buceo de las cortes y negocios, ora en el retiro de la noche callada, ora en medio de la luz y de las distracciones del día, en todos los momentos y en cualquier tiempo ó circunstancia, Santo Tomás estaba unido con Dios y adoraba á la Majestad infinita en el secreto del corazón sin vanos alardes ni alharacas místicas de devoción. Diciendo Misa pensaba en Dios, leyendo y escribiendo pensaba en Dios, comiendo pensaba en Dios, pensando en Dios se dormía, y al despertarse, su primer pensamiento era para Dios. Y todo esto á la callada y en oculto sin que por de fuera pareciese la grandeza de aquella sólida y heroica devoción.

Esta virtud parecerá fútil y baladí á gran número de personas que hacen consirtir la santidad en una rutinaria serie de muecas y aspavientos asemejándose á los hipócritas de quienes decía el Salvador que cifraban su virtud en parecer muy observantes de la Ley en presencia de las turbas sin cuidar de la purificación interna de los vicios y resabios del corazón, por lo que les comparaba el mismo divino Maestro á los sepulcros blanqueados por de fuera y que están por dentro llenos de corrupción y á los lobos traidores que se cubren y emparamentan con pieles de oveja para mejor lograr su hecho que es el hacer en todo su omnipotente voluntad. Mas vosotros, decía Jesús á los verdaderamente ganosos de la perfección espiritual, cuando oráreis ó hiciéreis alguna otra obra de piedad, recogeos dentro de vuestra alma y allá en el secreto comunicaos con el Padre que agradablemente os oirá y derramará sus gracias sobre vuestros corazones.

Este consejo fué la clave de toda la santidad del Doctor angélico y en ese retiro místico del alma elaboró incesantemente la altísima perfección que le caracteriza, viniéndole con ese dulcísimo silencio interior todos los bienes con que el Señor se complació en hermohear su alma inocente y privilegiada.

Por eso Santo Tomás dió tantos chascos en su



vida, porque juzgándole muchos á la ligera y por la modestia con que el angélico Maestro encubría toda su grandeza, no leían por de pronto en el fondo de su alma ni vislumbraban los tesoros inefables ocultos en su corazón. Pero llegaba la oportunidad en que por una providencia especial de Dios se descubría algo de lo que se encerraba en el alma de Tomás, y entonces era el pasmarse y el asombrarse de las gentes, como quien entre las yerbas sorprende la olorosa violeta y en el fondo de la concha encuentra una perla de valor inestimable.

Y como no hay virtud más hermosa que la modestia, ni grandeza más legítima que la humildad, por eso el angélico Maestro fué siempre tan querido y buscado de los que de veras saben estimar el mérito de la virtud y del heroísmo.

Ya se ha dicho el aprecio en que tuvo el Pontífice Urbano IV á Santo Tomás eligiéndole para maestro de su palacio: más tarde le encomendó un trabajo sobre la unión de la Iglesia griega con la latina, encargóle la composición del sublime Oficio del Corpus, y últimamente quiso el Papa que Santo Tomás redactase una obra de mérito colosal en la que como en vastísimo panorama y magnífica exposición apareciesen los textos de los Padres de la Iglesia sobre la genuina interpretación de los cuatro Evangelistas. Todo lo cumplió

Santo Tomás con aplauso y complacencia del Pontífice. (1)

Muerto Urbano IV, su sucesor Clemente IV (1265), profesó también singularísimo cariño al Doctor angélico. En prueba de esta predilección que el Papa sentía por el Ángel de las Escuelas, nos dice la historia que le ofreció el Arzobispado de Nápoles siendo Santo Tomás de treinta y nueve años de edad y aún se dice que llegó el Pontífice á extender la bula de la preconización y del nombramiento tratando de ganarse la voluntad del Santo. Resistió éste en su humildad ingénita y expuso tales razones á Clemente IV, que al fin, no

(1) La Obra maravillosa á que aludo, se titula *La Cadena de oro*, y verdaderamente que áurea y celestial es la exposición que en ella hace el Doctor angélico sobre los cuatro Evangelios reuniendo con tal oportunidad los textos de los Padres, que más bien parece una homilia de un solo autor que no la reunión de varios testimonios ó comentarios. *Con gran trabajo y maravilloso artificio* (non sine magno labore miroaque artificio conexas) dice la edición de 1595 que está escrita la Obra. En el prólogo dirige el Santo á Urbano IV á quien ofrece su trabajo «para que vuelva la obra á manos de aquel de quien salió el mandato y el precepto.» Los Santos Padres, de cuyos comentarios usa el Doctor angélico, son tanto los griegos como los latinos, figurando entre los primeros Dionisio Areopagita, Orígenes, Eusebio de Cesarea, Atanasio de Alejandría, Gregorio Niseno, Juan Crisóstomo, Juan Damasceno, etc., y entre los segundos, se citan á Ambrosio de Milán, Jerónimo, León I, Gregorio I. Alcuino, Rabano Mauro, Beda, Agustín de Hipona etc. Hasta la prefación está formada con textos de los SS. Padres.



se dió curso á la bula y Santo Tomás pudo liberarse en esta y en otras ocasiones de la tremenda carga y responsabilidad del Episcopado para el que San Pablo exige cualidades excepcionales ya que el Obispo está puesto, al decir del mismo Apóstol como el guía y pastor de la Iglesia de Dios.

Nombrado Santo Tomás Regente de estudios en el Colegio de Roma, comenzó allí á escribir la *Suma Theologica* de que se hablará más tarde; y trasladado poco después á Francia, fué puesto de nuevo al frente de las escuelas en el Colegio de Santiago de París. Y en medio de todas estas glorias, ocupado en cargos tan honoríficos, hecho el punto céntrico de las miradas de los sabios, era tal la modestia de Tomás, estaba su alma tan arrollada dentro de sí misma, que en realidad podía decir con San Pablo, que el mundo estaba crucificado para él y él para el mundo. El pensamiento del Angélico remontábase sobre todas las pequñeces de la tierra y detrás del pensamiento se iba el corazón, y ambos, perdidas de vista las riberas se engolfaban de lleno en el océano de la sabiduría y de la misericordia infinitas. El alma de Tomás era demasiado grande para el mundo y marchábase constantemente hacia Dios, como el río camina hacia el mar y como el águila se dirige hacia el sol. Por eso el Ángel de las Escuelas olvidábase de to-

dos los negocios en que le ocupaban y sin darse cuenta de los objetos exteriores, hallábase entretenido con el cielo y abrazado con la sabiduría que era el imán de sus facultades.

Convidóle en cierta ocasión el piadosísimo Rey de Francia Luis IX. para que viniese á su palacio y comiese en la mesa del monarca, pues como Santo que era el Rey, gustaba de conversar con Santos. Estaba entonces el Doctor angélico preocupado con la resolución de algunos puntos de la Suma y aunque hubiera deseado no acudir á la invitación de San Luis, hubo de aceptar al fin obligado por la insistencia del Monarca y por el mandato del Prior del Convento. Inmenso fué el gozo de San Luis al tener en su mesa al Doctor celebérrimo cuyo nombre llenaba el mundo y complacíase el piadoso Rey en agasajar y obsequiar al insigne Dominicó con todo cuanto en su mano estaba. Tomás parecía embebido y absorto en alguna idea soberana que le llevaba toda la atención, y dominado por ese pensamiento sin caer en cuenta del lugar en que se encontraba, con una de sus manos dió un golpe sobre la mesa exclamando: *Conclussum est contra manichaeos!.....* ¡He concluído con los maniqueos!!....

Estupefacto el Prior con el suceso y asiendo suavemente al Doctor angélico por la capa, le dijo: Maestro, acordaos que os halláis en la mesa del Rey



de Francia; con lo que volviendo de su enajenación Santo Tomás, trató de disculparse con el Monarca, pero el gran San Luis, admirado de la milagrosa abstracción del Doctor angélico, lejos de ofenderse por aquel rasgo de aparente descortesía, cobró nuevo aprecio y más íntimo afecto á la persona del insigne Dominico.

Dictaba en otra ocasión á uno de sus secretarios un artículo de la Suma, y teniendo en las manos una vela encendida, quedóse tan absorto y meditabundo, que gastada la vela, ibánselle quemando los dedos con el pábilo sin que se percatase de ello hasta que fué advertido por el compañero.

También refiere la historia que puesto en oración el Santo, le fué cicatrizada una de las piernas por los médicos sin que se diese cuenta de la operación dolorosísima hasta que sintió más tarde las consecuencias del cauterio.

Y no se crea que el Doctor insigne por su compleción fuese de recio aguante, pues nos dicen sus biógrafos contemporáneos que era de carnes muelles y delicadas y de un sentimiento finísimo. Lo que había era que ocupada el alma en las cosas del cielo, el cuerpo quedábase como insensible á las cosas de la vida y no se daba cata de los trabajos y de las vicisitudes de este valle de quebrantos.

Paseábase á menudo solo y con la vista puesta en el cielo como lo hiciera un ángel desterrado en el mundo; y cuando los religiosos, queriendo recrear al Santo Maestro, le bajaban entre muestras de indecible cariño á la huerta ó al jardín del Convento, si en el recreo acudía á la mente del Doctor angélico alguna idea sublime ó algún pensamiento soberano, sobreponíase la inteligencia á toda su persona en tal forma, que sin poderlo remediar, aislábase de improviso y subía á su celda para dar allí salida á la idea y disfrutar á solas del pensamiento que había llenado todo su ser. Y era tal la fuerza de aquella inteligencia gigantesca, tan poderosa su alma, que á veces dominando al cuerpo, se lo llevaban tras sí viéndose al Santo Ángel elevado sobre la tierra y suspendido en el aire en medio de un cerco de luz y de resplandores inefables. Lo que allí veía Santo Tomás, lo que su corazón gozaba, quizás ni los ángeles ni los serafines lo pudieran explicar.

Esa grandeza del Santo Doctor debía acobardar al mismo inferno, y por eso, no se leen en la vida de Santo Tomás esas visiones grotescas y juegos ridículos del demonio que aparecen en las historias de otros varones ilustres; y es que Lucifer comprendiendo desde el castillo de Roca-Seca el temple y la energía del alma de Tomás, viendo cada día lo colosal de su virtud y de su heroísmo,



no debió juzgar prudente medir el campo y hacerse fuerte con aquel Maestro sapientísimo broquelado con las fortísimas murallas de la humildad más profunda y de la más angelical pureza.

Acaso piense alguno que el carácter de meditabundo y arrobado de Santo Tomás, hacía á su persona poco grata y simpática á la sociedad, pues sabido es cuánto se paga el vulgo de gente dicharachera y lenguaraz y cuán mal recibe en ocasiones las manías y ocurrencias de los sabios á quienes no comprende. Sabios hay en efecto, maniáticos y llenos de idiosincrasias que serían ridículas sino fuesen producidas por una pasión tan noble como es el amor á la ciencia y á la verdad (1). Pero en Santo Tomás nunca hubo cosa

(1) Del inolvidable P. Zeferino, se cuentan algunas rarezas muy singulares que sólo en el eminente Cardenal podían caer bien. Aquí mismo, en el Colegio de Vergara, donde pasó algunos veranos, el P. Zeferino en medio de sus excentricidades, dejó eterna memoria de sus virtudes y de sus talentos excepcionales. La modestia más asombrosa y el candor de un ángel, fueron siempre los rasgos distintivos del C. González que nunca pudo tener enemigos porque nunca supo hacer daño.

Del ilustre escritor P. Fonseca dominico como el P. Zeferino, recuerdan muchos de los que le conocieron la abstracción estupenda en que vivía sobre todo en la clase donde no se daba cuenta de nada de lo que en su derredor acontecía.

Sabido es lo que se refiere del filósofo Balmes que después de leído un artículo de la Suma de Santo Tomás, se envolvía en los pliegues de su manteo, y allí pasaba largo rato absorto en la contemplación de las verdades.

ridícula sino que todo rayó en lo sublime y en lo heroico y en todo brilló la gracia con la inocencia y la grandeza con la humildad. De temperamento dulcísimo y apacible, de genio suave y blando, de carácter amoroso y grave sin dejar de ser alegre y festivo, nunca tuvo Santo Tomás adversarios personales, y si los tuvo sólo serían los envidiosos que no pueden llevar á bien la prosperidad y el mérito ajenos. La conversación del Angélico era aménisima y sabia, su andar mesurado y compuesto, su mirada noble y penetrante como que leía los pensamientos más recónditos, y en el rostro del Maestro incomparable, brillaba un vislumbre de gloria del cielo, un no sé qué de claridad sobrenatural que hermoseando su olímpica frente, le hacían aparecer como un verdadero Ángel encarnado en la naturaleza humana. Jamás le habló nadie que no quedase prendado y como prisionero de las dotes singularísimas de su persona venerable; nadie le consultó que no viese desvanecidas todas las dudas y dificultades; nadie le oyó que no le admirase, nadie le siguió que se llamase á engaño, nadie le miró que no tuviese que bajar la vista ofuscado con la luz del genio ó que dejase de levantar los ojos al cielo bendiciendo á Dios que tan cerca de Tomás se columbraba. Su presencia era la delicia de las aulas y de las Universidades; su voz el oráculo de la cristiandad; sus li-



bro el tesoro de los sabios, sus enseñanzas el blason de la ciencia en todos sus ramos, y su virtud la emulacion de los serafines del paraiso.

Por eso el nombre de Santo Tomás fué bendecido por las eminencias de su época; su memoria ha quedado en los corazones de todos los amantes de las letras y de la virtud cristiana, el pedestal del Doctor angélico se alza soberano y airoso en medio de todos los tronos y de todas las glorias humanas, y al pasar por delante de Tomás de Aquino coronado por las generaciones de más de seis siglos, los sabios se inclinan respetuosos, los poetas le dedican sus estrofas, los arquitectos se inspiran en sus ideas para la construcción de las obras de arte, los pintores descubren en su frente campos y horizontes de inefable colorido, los Pontífices le aclaman por sol de la Iglesia, la Orden dominicana le mira como á su hijo más querido y la humanidad le saluda como á la representación más gallarda y el símbolo más hermoso de la dignidad racional iluminada por los destellos soberanos de la fe y de la caridad del cielo.



## CAPÍTULO XI

### LA SUMA DE TEOLOGÍA

CUENTAN de un famoso pintor, que habiendo pintado en una tabla la muerte de una doncella hija de un rey, y dibujado en torno de ella los deudos con rostros en gran manera tristes, y á la madre mucho más triste aún, cuando vino á querer dibujar el rostro del padre, cubriólo de industria con una sombra, para dar á entender que allí ya faltaba el arte para expresar cosa de tan gran dolor» (1).

Algo de esto que refiere Fr. Luis de Granada me sucede á mí al tener que hablar de la Suma del Doctor angélico. Si apenas hay en la paleta colores ni en la elocuencia frases para dibujar los encantos y fondear las excelencias de las obras de Santo Tomás, porque todo en ellas es primoroso y sublime, desde el más insignificante de sus cin-

(1) Fr. Luis de Granada.—Guía de pecadores; Libro 1.º, Capítulo IV.